

Costa Rica Ilustrada

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

EDITORES PROPIETARIOS,

Próspero Calderón—José Antonio Soto.

PRECIO DE SUSCRICION:

En Costa Rica..... \$ 0-75 trimestre adelantado.
En el extranjero..... " 1-00 " " "
Número suelto..... " 0-15 " " "
Números atrasados.. " 0-25 " " "

{ Año I. Núm. 15. }
{ San José, 1º de febrero de 1888. }

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

Calle de la Merced, n.º 3, Oeste.

APARTADO NUMERO 95.

Sumario.—*Lágrimas fecundas*, por Heliana.—*El barómetro*, por Carlos F. Salazar.—*Madrigañ*, por Justo A. Facio.—*Don José Rafael de Gallegos*, por .—*Caso cierto*, por Rubén Darío.—*El General Negrete*, por Emilio Pacheco.—*Historia de un pensamiento*, por Manuel Acuña.—*Descartios*, por Ramón M. Quesada.—*Las cuatro cartas*, por Cayo Ernesto Urdá.—*La condabala de Piero*, por Simplicio Cucufata.—*Orquídea*, por Clo Clo.

Grabados.—Don José Rafael de Gallegos.
Anuncios.

Lágrimas fecundas.

CUANDO LA PURA GOTA DE ROCÍO
SOBRE EL PÉTALO RUEDA DE LA FLOR,
ESTA SE ALZA EN SU TALLO CON MÁS BRÍO
Y ESPARCE SUAVE OLOR.

MAS SI AL FONDO DEL CÁLIZ SE DESLIZA,
LA FLOR ESTREMECIDA DE PLACER,
SUS CASTAS HOJAS AMOROSA RIZA
Y FECUNDA SU SER.

ASÍ CUANDO LAS LÁGRIMAS DEL ALMA
CORREN COMO COPIOSO MANANTIAL,
RECOBRA EL CORAZÓN LA ANSIADA CALMA
Y SE ALIVIA SU MAL.

PERO SI EL LLANTO DEL PESAR NO BROTA,
ASÍ COMO EL ROCÍO CON LA FLOR,
VA CALLENDO EN EL ALMA COTA Á GOTA
Y FECUNDA EL DOLOR.

Heliana.

PESO DE LA ATMOSFERA.

El deseo de trabajar en algo útil y el de popularizar la ciencia hasta en las clases menos cultas me mueve á estudiar y desarrollar algunas lecciones de *Meteorología*, ciencia de notable utilidad tanto al agricultor como al marino, al industrial y al médico.

Empezaré con la teoría del *barómetro* que he dividido en siete lecciones para mayor claridad.

LECCIÓN 1ª

1. *Pesantez del aire.*
2. *Experiencias de Aristóteles, de Torricelli y Otto de Guericke.*
3. *Experiencia de Pascal.*
4. *Determinación de la altura de las montañas.*
5. *Valor de la presión atmosférica en kilogramos.*

PESANTEZ DEL AIRE.

Aristóteles fué el primero que trató de que el aire tenía peso; para cerciorarse tomó una vejiga y la pesó primero sin aire, y luego dijo: si el aire tiene peso pesándola con aire debe pesar más; pero la experiencia no le confirmó sus previsiones y sacó por conclusión que el aire no tenía peso.

Sin embargo, varios filósofos de la antigüedad admitían la materialidad del aire como un hecho.

La escuela de Epicuro, comparando los efectos de los vientos con los del agua en movimiento, miraba los elementos del aire como cuerpos invisibles llamados *corporea caeca* por *Lucrecio*.

Durante el imperio de la filosofía de *Aristóteles* se admitió que el aire no tenía peso y solo un pequeño número de filósofos no estaban de acuerdo con este error.

Hacia 1640, *Torricelli* y *Otto de Guericke* hicieron casi á un mismo tiempo las experiencias que probaron la pesantez del aire.

Los ensayos de *Otto de Guericke* con la máquina neumática no dejaron la menor duda de que el aire tiene peso. Tomó una esfera de vidrio provista de una llave y de la capacidad de 30 decímetros cúbicos y la pesó en una balanza; luego le extrajo el aire por medio de la máquina neumática y pesándola de nuevo halló que el peso había disminuido con lo cual quedó probada su experiencia.

Repetiendo *Otto de Guericke* el experimento de *Aristóteles* acabó de convencerse que el aire tenía peso. Si *Aristóteles* halló lo contrario, fué debido al cambio de volumen de la vejiga en sus dos experiencias y á que él desconocía el principio físico de que todo cuerpo pesado en un fluido pierde una parte de su peso en cantidad igual al peso del fluido desalojado.

Barómetro. Antes de *Otto de Guericke*, *To-*

rricelli había hecho una experiencia que probaba la pesantez del aire aunque de una manera menos directa. Tomó un tubo de vidrio de un metro de largo próximamente y cerrado en una de sus extremidades, y lo llenó de *mercurio*, lo sumergió luego por su parte abierta en una cubeta llena del mismo metal y la columna de *mercurio* bajó en el tubo hasta una altura que al nivel de los mares es por término medio de 76 centímetros. Si se inclina el tubo, la longitud de la columna de *mercurio* aumentaría, pero su altura vertical será siempre de 76 centímetros. Si hacemos esta experiencia con el agua nos daría una columna de 10,2 metros, ó sea 13,5 más larga que la columna de *mercurio*; pero como el *mercurio* es 13,5 más denso que el agua la experiencia nos prueba que las longitudes de las columnas son inversamente proporcionales á las densidades de los líquidos. Cuando *Torricelli* hubo hallado esta razón concluyó porque la pesantez del aire se oponía al movimiento del *mercurio* por la parte inferior del tubo; esto le dió origen á llamar á dicho tubo *barómetro* del griego *βάρως* peso y *μέτρον* medida.

La altura de la columna *mercurial* sobre la superficie del metal sobre la cubeta recibió el nombre de *altura barométrica*. Para comprender porque quedó suspensa en el tubo la columna *mercurial*, basta observar que el tubo y la cubeta representan dos vasos comunicantes y que no se establece el equilibrio hasta que es igual la presión en todos los puntos de una misma capa horizontal. La presión atmosférica se ejerce sobre la superficie libre del *mercurio* en la cubeta, y al mismo nivel dentro del tubo, queda en suspensión la presión sola debido á la columna *mercurial*, puesto que se ha formado el vacío más arriba del *mercurio*. De esto se deduce que la presión atmosférica equivale, en igualdad de superficie, á la que ejerce una columna de *mercurio* de 76 centímetros de altura.

Si tomamos un tubo de dos ramas en forma de *u* y lo llenamos de agua, el agua sube al mismo nivel en las dos ramas; se verá siempre verificarse la misma cosa con cualquiera otro líquido; pero si ponemos agua en una y en la otra *mercurio*, el nivel del agua sube más arriba que el nivel del *mercurio*. Ahora, si por la línea de separación del *mercurio* y del agua trazamos un plano horizontal, observamos que la columna de *mercurio* es 13,5 veces más pequeña que la de agua. Si repetimos la experiencia con otros líquidos que no se combinen químicamente se llega á este resultado general: que las alturas de las columnas sobre la superficie de contacto de los líquidos son inversamente proporcionales á sus densidades.

Si en el mismo tubo encorbado ponemos solo *mercurio* subirá al mismo nivel en las dos ramas, porque el aire pesa igualmente sobre sus superficies. Pero, si una de las ramas del tubo se cierra, el *mercurio*, subirá más en esa rama cerrada y purgada de aire que en la otra, porque en ella no tenemos más que el peso del *mercurio*;

mientras que en la otra tendremos el peso del mercurio y el de la atmósfera. Luego, la diferencia de nivel entre las dos ramas nos daría el peso de la atmósfera.

Experimentos de Pascal.—Deseando cerciorarse este físico si realmente la fuerza que sostenía al mercurio en el tubo de Torricelli era la presión atmosférica, hizo reconocer que la columna mercurial debe ser más larga al pie ó base de una montaña que en su cima, porque entonces toda la columna de aire que se encuentra más abajo del observador no ejerce ya presión sobre la columna mercurial. La experiencia confirmó esta previsión: resultando que si nos elevamos á una altura de 500 metros, el mercurio bajaría 5 centímetros. He aquí, porque se puede medir la altura de las montañas en el *barómetro*.

Valor de la presión atmosférica en kilogramos.—Equilibrándose el peso ó presión de la atmósfera con el peso de una columna de mercurio de 76 centímetros de altura y siendo la columna de mercurio un cilindro que tiene por base un centímetro cuadrado, su volumen será de 76 centímetros cúbicos; luego pesando un gramo un centímetro cúbico de agua, otro de mercurio pesará 13,5 gramos y una columna de 76 centímetros cúbicos pesará $76 \times 13,5 = 1033$ gramos.

Llamando *b* á la superficie oprimida expresada en centímetros cuadrados, la presión que sufrirá por el aire será $P = b \times 1033$ kilogramos.—

El cuerpo humano teniendo una superficie $1,5m.^2$ sufrirá una presión de 15,000 kilogramos.

(Continuará).

CARLOS FRANCO. SALAZAR.

MADRIGAL.

Ay es verdad, es cierto
que la pasión volcánica encendida
por tu hermosura en mi mortal desierto
ya ardiente no derrama
en los marchitos campos de mi vida
las rojas ondas de su luz febea,
ni ya con viva llama
mi envejecido corazón caldea.
Mas no pasado el férvido arrebato
quieras airada y triste
apostrofar mi corazón de ingrato:
tôdo muda en la tierra, mas persiste
la vividora esencia,
y si tu enojo y tu dolor provoca
mi rara indiferencia,
recuerda, hermosa mía,
que si la lava del volcán se enfría
el tiempo luego la transforma en roca.

Cartago, enero de 1888.

JUSTO A. FACIO.

DON JOSÉ RAFAEL DE GALLEGOS.

El respetable ciudadano don José Rafael de Gallegos, nació el 30 de octubre de 1785. Dedicó buena parte de su vida al fomento de sus propios intereses, sin dejar por eso de servir á su país, prestando el contingente de su patriotismo, bien por medio de los consejos de su experiencia, bien por su propia laboriosidad.

Su nombre figura entre los de aquellos hijos de este país que elevaron á la Capitanía General de Guatemala una solicitud para que se revocasen las disposiciones dictadas por don José de Bustamante y Guerra, Capitán General, prohibiendo el comercio de Costa Rica con Panamá, y que, denegada por aquel, fué concedida por el Rey de España á quien se ocurrió en apelación.

Después de la Independencia, en el año de 1822, fué nombrado Vocal de la Junta Superior Gubernativa, organizada en esta sección de la antigua Capitanía General, y ocupó en diferentes épocas otros puestos importantes, en los cuales siempre acreditó sus mejores intenciones, su cordura y discreción.

Organizado el país, y al terminar don Juan Mora su segundo período, fué electo Jefe Supremo del Estado, y tomó posesión de su elevado puesto el 7 de marzo de 1833.

“Gallegos era un hombre honrado (dice el Dr. Montúfar en su reseña histórica de Centro América), un rico propietario y un respetable padre de familia; pero no estaba versado en los negocios de gabinete, ni había sufrido el choque de los partidos.—Se empeñaba en hacer economías y era para él un placer el que las cajas del Estado estuvieran llenas de oro; pero tímido en los negocios no se atrevía á poner ese oro en hábil y justo movimiento para desarrollar el progreso del país, á cuyo frente se hallaba colocado. Entonces Costa Rica gozaba de la más completa libertad de imprenta. Lo comprueban los periódicos intitulados, *El Noticioso Universal*, *La Tertulia* y *El Correo de Costa Rica*, además de algunos folletos y de una serie de hojas volantes. Costa Rica era el refugio de los emigrados de otras secciones centroamericanas y aun de algunas de las del Sur. Entre estos se cuentan hombres notables como el General Bermúdez y eminentes como el General La Mar.”
En aquella época, el peor de los males

que se agitaban era espíritu de localismo y los celos entre unas y otras de las poblaciones de San José, Cartago, Heredia y Alajuela, y procurando evitarlo, se emitió bajo el Gobierno del señor Gallegos, una ley que se llamó de *Ambulancia*, en la cual se disponía que el Gobierno del Estado residiese alternativamente en cada una de las poblaciones mencionadas, fijándose posteriormente en cuatro años el período de residencia en cada una de ellas.

Entre otras de las disposiciones de su gobierno, se encuentra el notable decreto sobre el cumplimiento de las obligaciones y la manera de hacerlas exigibles.

No bastaron los esfuerzos del señor Gallegos para satisfacer á los que le eran desafectos y le combatían de todas maneras, alegando nulidad en su elección y manifestando el deseo de mayor movimiento para el país; hasta que por último presentó su dimisión ante la Asamblea Constitucional, y le fué admitida en atención á la gravedad de las causas que exponía y en el deseo de alejar las dudas ocurridas sobre la legitimidad de su nombramiento.

Para reponer al señor Gallegos, la Asamblea encargó del Poder Ejecutivo al Diputado don Juan José Lara, de quien algunos días después lo recibió don Manuel Fernández, electo para ejercerlo.

No terminaron en aquel tiempo los servicios del señor Gallegos; las calles de esta capital fueron empedradas la primera vez en el año de 1837, debido á su celo como comisionado especial de la Municipalidad; en 1845 ejerció nuevamente el Poder Ejecutivo; desempeñó varios otros puestos y prestó importantes servicios, sucesivamente, hasta su muerte acaecida el 15 de agosto de 1851.

No carece la vida del señor Gallegos de algunos pasajes interesantes, y entre ellos es notable su energía en la defensa de su hermano materno el inolvidable don José Santos Lombardo, después de la guerra por el Imperio, como se ha llamado á la revolución de 1823. El Comandante don Cayetano de la Cerda le intimó orden de destierro violento; pero él ocurrió á la Junta Superior Gubernativa y su queja fué atendida, quedando sin efecto la orden de destierro.

CASO CIERTO.

A un cruzado caballero,
garrido y noble garzón,

en el palenque guerrero
le clavaron un acero
tan cerca del corazón,

que el físico al contemplarlo,
tras verle y examinarle,
dijo:—Quedará sin vida
si se pretende sacarle
el venablo de la herida.

Por el dolor congojado,
triste, débil, desangrado,
después que tanto sufrió,
con el acero clavado
el caballero murió.

Pues el físico decía
que en el dicho caso, quien
una herida tal tenía,
con el venablo moría,
sin el venablo también.

¿No comprendes, Concepción,
la historia que te he contado
de ese garrido garzón,
el del acero clavado
muy cerca del corazón?

Pues el caso es verdadero:
yo soy el herido, ingrata,
y tu amor es el acero:
si me lo dejas, me mata,
si me lo quitas me muero.

RUBÉN DARÍO.
(Nicaragüense).

EL GENERAL NEGRETE.

Los últimos periódicos de Guatemala nos han traído una nueva dolorosa: la muerte del General don Pedro Rómulo Negrete, acaecida el once del mes pasado en la capital de aquella República.

El General Negrete nació en México más por sus servicios prestados á nuestra patria común—Centro América,—como hábil diplomático y esforzado guerrero, llegó con justicia á ser en nuestras Repúblicas una de las personalidades más culminantes y dignas de verdadera estimación y respeto.

Como diplomático, en los años de 1872 y 1886, ejerció los honrosos cargos de representar á la República de Guatemala acerca de los gobiernos de Inglaterra y Alemania. También entre otros puestos distinguidos, mereció desempeñar en esa República, los de Diputado y Consejero de Estado.

Como soldado, siendo muy joven, peleó á las órdenes del General Morazán, por la idea redentora encarnada en aquel genio prodigioso, y más tarde en Nicaragua, donde alcanzó el grado de Coronel, luchó contra las huestes filibusteras por el triunfo de nuestra causa y el restablecimiento de nuestras libertades.

Sólo esos títulos bastarían para recordar con respeto y cariño su noble memoria, más para nosotros los costarricenses tiene aún otros que lo recomiendan á la gratitud de dos pueblos hermanos.

Al General Negrete debemos los importantes servicios que, como Ministro Plenipotenciario del Gobierno del Salvador prestara á Costa Rica como mediador en la cuestión de límites territoriales que surgió entre ésta y la República de Nicaragua, á la cual puso entonces término el famoso tratado de límites de 15 de abril de 1858. Con este motivo en el acta adicional del mismo tratado los Ministros de Nicaragua y Costa Rica, hicieron á él las siguientes honorosas referencias: "Habiendo el Gobierno del Salvador dado al de Costa Rica y Nicaragua el más auténtico testimonio de sus nobles sentimientos y de saber apreciar en todo su valor y cultivar las fraternales simpatías que median entre todas estas Repúblicas, interesándose tan eficaz y amistosamente en el equitativo arreglo de las diferencias que por desgracia han existido entre las altas partes contratantes; y obtenido este resultado por las Legaciones de ambas, debido en gran parte á los estimables oficios con que el Honorable señor Negrete, Ministro Plenipotenciario de aquel Gobierno, designado con el mayor acierto para desempeñar su generosa mediación, ha sabido corresponder perfectamente á sus intenciones, y debido también al importante auxilio de las luces é imparciales indicaciones del mismo señor Ministro en la discusión de las materias concernientes al propio arreglo; los encargados de las Legaciones de Costa Rica y Nicaragua, á nombre de nuestros respectivos comitentes, cumplimos con el grato deber, de declarar y consignar aquí todo el reconocimiento que con tanta justicia les merece el civismo, ilustración, fraternidad y benevolencia que caracterizan al Gobierno del Salvador."

Tales son los rasgos biográficos más salientes del eximio ciudadano que al bajar á la tumba deja hoy un vacío en Centro América.

EMILIO PACHECO.

1.º de febrero de 1888.

HISTORIA DE

UN PENSAMIENTO.

I.

Cuando á su nido vuelva
el ave pasajera

À quien amparo disteis,
abrigo y amistad,
Es justo que os dirija
su óatiga postrera,
Antes que deje ¡ay! triste
vuestra natal ciudad.
Al pájaro viajero
que abandonó su nido
Le disteis un abrigo,
calmando su inquietud,
¡Oh! tantos beneficios
jamás daré al olvido;
Durable cual mi vida
será mi gratitud.
En prueba de ella os dejo,
lo que dejaros puedo;
Mis versos, siempre tristes;
pero los dejo así,
Porque me pienso á veces
que entre sus letras quedo;
Porque al mirarlos creo
que pensaréis en mí.
Voy pues á relataros
una sencilla historia
Que en mi alma desolada
honda impresión dejó:
Me la contaron.....¿dónde?.....
es frágil mi memoria,
Acaso el héroe de ella.....
ó bien la soñé yo.

II.

Era una linda rosa,
brillante enredadera,
Tan pura, tan graciosa,
espléndida y gentil,
Que era el mejor adorno
de la feraz pradera,
La joya más valiosa
del floreciente abril.
Al pie de ella crecía
un pobre pensamiento,
Pequeño y solitario,
sin gracia ni color;
Pero miró á la rosa
y respiró su aliento
Y concibió por ella
el más profundo amor.
Mirando á su querida
pasaba noche y día,
Mil veces ¡ay! le quiso
su pena declarar,
Pero tan lejos siempre,
tan lejos la veía,
Que devoraba á solas
su pena y su pesar.

A veces le mandaba
sus tímidos olores.
Pensando que llegaban
hasta su amada flor;
Pero la tenue brisa
al columpiar las flores,
Llevábase muy lejos
la prenda de su amor.
El pobre pensamiento
mil lágrimas vertía,
Desoladoras lágrimas
de acíbar y de hiel;
Mientras la joven rosa
sin penas sonreía,
Y mientras más crecía
más se alejaba de él.

Llega un jazmín en tanto
á la pradera bella:
También amó á la rosa
al punto en que la vió,
Pero él fué mas dichoso,
pudo llegar á ella,
Le declaró su pena
y al fin la rosa amo,
... ¡Oh! ¿Comprenderéis ahora
al pobre pensamiento
Al ver correspondido
á su feliz rival?
¿No comprendéis su horrible,
su bárbaro tormento,
Al verse condenado
á su suerte tan fatal?
Después lo trasplantaron
vivió en otras praderas;
Indiferencia, olvido
y hasta placer fingió,
Miraba flores lindas,
brillantes, hechiceras,
Pero á su amor constante
y fiel permaneció.
Por fin, una mañana,
estando muy distante,
El céfiro cantóle
las bodas del jazmín;
El escuchó sonriendo,
y ciego, delirante,
Loco placer mostrando,
creyó olvidar al fin;
Pero al siguiente día
con lágrimas le vieron
Las flores, é ignorando
su oculto padecer,
"Tú lloras," pensamiento,
"tu lloras," le dijeron,
"No es nada, confestóles,

es llanto de placer."

III.

Ved la sencilla historia
que os ofrecí contaros,
Acaso os entristezca,
pero la dejo así;
¡Adios, adios, ya parto!
Me atrevo á suplicaros
Que la leais á solas.
y os acordéis de mí.

MANUEL ACUÑA.

DESVARIOS.

CUANDO veo que para ir de un lugar á otro, hay que hacer largas jornadas, exponerse á descarrilamientos y naufragios, perder tiempo y pensar en tantos atrasos, hago votos de no salir de mi casa y reniego de no pertenecer á la grey alada, para reirme de peligros y distancias. Pero qué, si también las aves están expuestas al plomo del cazador y á los peligros del cansancio.

Para construir un puente, una calzada, un edificio, se emplean hoy tantos años! Antiguamente, las piedras no necesitaban ni de arquitecto que les diera aplicación, ni de artesano que las despostillara: solas, á los melifluos acordes de la lira de Anfión, iban á colocarse sobre los muros de Tebas.

Para adquirir una fortuna, para llegar á ser enciclopedista ó sabio, hay que trabajar, economizar, engañar y estudiar, casi por toda la vida. Más dichoso que los contemporáneos, Salomón pidió sabiduría, y le dieron ciencia y riqueza, como si dijéramos, los dos polos de nuestra actual sociedad, pues, sabido es que por lo general, donde hay arcas repletas, hay cerebro vacío, y viceversa, donde hay cabeza ocupada, hay bolsillos que dicen: ¿cómo será la blanca!

¡Maldita miseria humana! Talento, previsión, arte, ciencia, descubrimientos, de qué nos sirven, si en conclusión, somos menos felices que nuestros antepasados? Ellos no conocían números ni letras, y la pasaban mil veces más holgada que nosotros. Cierto que hoy nos divertimos mejor que ayer, pero con ello, no ganamos otra cosa que mitigar con un rató de solaz, la dentera y el escosor que nos deja nuestro orgulloso infortunio.

Si por fuerza hay que ser un Crespo, el trabajo está por demás. Los tesoros vendrán de donde menos se piense. Quien ha de ser un pobrete, bien puede trabajar como asno, tropezar con los millones de Rostchild, con el número premiado de una lotería, etc., que todo será

igual, pues "la fortuna se escurre de las manos de quien no está llamado á poseerla, con la misma facilidad que lo haría un pan de jabón".

Antes de que la Revolución diera al traste con privilegios y blasones, bastaba emparentar con algún conde ó marqués, para tenerlo todo. Así es que hoy día, no tienen fueros ni privilegios sino la honradez y el genio, y eso allí donde se sepan estimar, que donde el malvado se sobrepone al hombre recto, y donde el ignorante pisotea la ilustración, lo mismo es Job que Caco, y Aristóteles que un palurdo. En efecto, los hombres de ciencia ya no valen nada... hay tantos! Ser artista, hoy cuando tanta ojeriza se le tiene á lo ideal, cuando tanto se le desprecia porque se le desconoce y porque la realidad lo absorbe todo, buenas muestras da de faltarle algún tornillo, quien entre en coloquios con las musas. Ser político... da tanto, como sobresalto continuo, equilibrios, saltos mortales, contracciones, suavidad de coyunturas, etc. Escritor... ¿quién no escribe actualmente? En cuidando un poco del sentido gramatical, poco importa que el sentido común se pierda. Pero seamos justos, el pesimismo no llega á tanto extremo. Yo he visto pigmeos que dicen: "audaces fortuna juvat", y en verdad, de la noche á la mañana, aparecen en lisonjera sima, riéndose de colosos y titanes. Esto, bien visto, no es otra cosa que la ley universal de la compensación, pues en este pícaro mundo, tras un infierno de Dante, viene á veces un paraíso de Mahoma, y viceversa.

Pocas veces he llegado á las puertas de un magnate. Los tapices, pavimentos, muebles, cuadros, colgaduras, espejos, candelabros, y los jardines llenos de aves, estatuas, fuentes, flores y frutas, despiertan en mí un deseo y una reflexión, como si dijéramos un idilio y una elegía, la vida y la muerte: deseo ser rico, y pienso en los reveses de la fortuna. Un mal negocio, un incendio, un salteador de esos que con puñal en mano, lo mismo se incautan de la lámpara de una iglesia que del haber de un millonario, pueden echar abajo la opulencia, y al ídolo hacer rodar por el polvo. Nó, mejor será no ambicionar nada. ¿Somos realmente menos felices que nuestros antepasados? Vamos á cuentas.—Ellos contaban su vida, por centurias, quizá por esta razón sus guerras, sus obras, sus monumentos eran eternos. Matuzalén, los códigos de Triboniano, las pirámides de Egipto, no me dejarán mentir. Nosotros parece que nos hemos convenido en hacer guerra á la vida, con disipaciones y orgías, sin dejar de aprovechar los maravillosos efectos de la pólvora que, como árbitro inexorable pone fin á nuestra desesperación ó á nuestras contiendas, en un abrir y cerrar de ojos. De nada vale que la farmacia esté inventando continuamente panaceas y clamando á los cuatro vientos: "no más pulmonías" "ni más dolencias," porque nuestra cultura ha logrado que tengamos poco apego á la vida, ya que es imposible

contener los estragos de la Parca. Los antiguos propendían á la longevidad; nosotros á la vida efímera, ni más ni menos que si comenzáramos á sentir los efectos de la metempsicosis, en virtud de la cual, nos vamos aproximando ya á la duración del insecto.

Estamos en lo justo: la moda, el teatro, los paseos, el baile, la posición, son fuerzas aliadas que conspiran contra nuestros bolsillos, y los estrujan de tal modo, que nos obligan á un perpétuo y tiránico sacrificio. Bien podemos ayunar cuarenta días á trueque de divertirnos una hora ó de lucir un sombrero á la última.—¿Y quién por insensato que fuera desearía que tal sacrificio se prolongase por un siglo?

Con todo, no se nos puede tachar de egoístas. Algo dejamos, al fin, y al cabo, para las generaciones venideras: colegios, cuarteles, ferrocarriles, telégrafos, etc.; mucha bulla, mucho aparato, mucho oropel y mucho fósforo.

Cómo, ¿os admiráis? Pues recordemos que de las universidades de Viena, París y Salamanca, los estudiantes salían encanecidos, pero hechos sabios, en la extensión de la palabra. Que Godofredo no adquirió el título de "Barón del Santo Sepulcro," sino después de medir sus armas con las infieles cimitarras. Que nosotros no necesitamos de tanto para abordar todo asunto y desafiar al genio, porque la ciencia moderna con no tener el sembrante adusto de la antigua, nos permite trasformarnos con la mayor facilidad, en médicos, ingenieros, legisladores, etc.

Títulos sonoros, ¡no se diga! *Mártires de la libertad*, quién sabe si porque un destierro, fuera el merecido de nuestra vagancia ó de nuestra índole perniciosa. *Héroes de tal porte*, tal vez porque nos tocará en suerte, ir á *presenciar* las hazañas de los bravos. *Apóstoles de la enseñanza*, acaso porque *matamos largos años*, entre una turba de rapazuelos.

Desengañémonos, para ser Napoleones, no necesitamos ni de Austerlitz, ni de Marengo. Levantamos castillos en el aire, monumentos de barro, viajamos en globos y en tren expreso, y recibimos noticia de los sucesos, antes de que éstos se verifiquen. Hemos llegado al apogeo, quién lo duda!

¿Caminamos al vapor? Ciertamente, pero si hemos de ir á dar á la roca Tarpeya, en vez de al Capitolio, procuremos no jactarnos de tanta velocidad.

Aquí está el enigma ¿quién puede revelarnos cuál será nuestro destino?

Las demacradas pitonisas del templo de Delfos, desde la carcomida tripode, entre gestos y contorsiones, lanzaban su ambiguo vaticinio, pero al fin lograban halagar con mentiras, la supersticiosa credulidad. Oráculos y Sibilas desaparecieron; no sería razonable su existencia en nuestro siglo de progreso, y hé aquí porque nuestros desvarios han encontrado coyuntura en las mesas magnetizadas y en los espiritistas.

La hechicera, encubría con sus ademanes, la

falsedad de sus palabras. Una mesa magnetizada gira, se tambalea, se roza con los espectadores, salta y se tumba en el suelo como un potrero juguetón, se irrita y se abalanza con la rudeza amenazadora de un búfalo salvaje y contesta á todo interrogatorio con un aplomo increíble, pero nuestra incertidumbre y nuestras dudas quedan siempre lo mismo, de donde infero que nuestros desvarios no tienen límite ni remedio.

Cartago, 23 de enero de 1888.

R. M. QUESADA.

LAS CUATRO CARTAS.

I.

DE AMANTE.

¿Cómo no quieres, adorado mío,
Que deplora mi suerte,
Si me niegas, cruel, con tu desvío
El consuelo de verte?

Ya sé que por mis celos es tu enfado
Y tus justos enojos,
Mas si vieras qué bien que lo han pagado
En lágrimas mis ojos!

De pensar que ya llevas cinco días
En tus enojos firme,
Me doy á cavilar mil tonterías
Y quisiera morirme.

Cuando en tus frases últimas medito
Tan duras, tan severas,
Por más que eso mil veces me has escrito,
Pareceme de veras.

¡Serás capaz de *no volver más nunca*
A la morada mía?
Si así fuera, de ver mi dicha trunca
Sí que me moriría!

Ven, porque está mi corazón doliente
Desde que no te miro,
Y es triste en mi redor hasta el ambiente
Pesado que respiro.

¿No lo creerás? Como llorando paso
Una y otra vigilia,
Tan quebrantada estoy, que ya del caso
Se alarma mi familia.

Ven, pues, si no has de hallarme en esqueleto,
Descolorida y fea,
Que yo no darte celos te prometo,
Con tal de que te vea.

En traje azul (el que te agrada tanto)
Te esperó con mi vida;
No dejes que se manche con mi llanto
Tardando tu venida.

II.

DE NOVIA.

Tu regalo magnífico de boda
Ya recibí con júbilo infinito;
Mucho ha gustado á mi familia toda,
Y yo lo encuentro todo muy bonito.

Pues de tí viene, hasta al menor encaje
Un elogio en mi carta le enderezo:
Hermosa es la corona, lindo el traje,
Bello el anillo, y rico el aderezo.

Si no bella, mi bien, embellecida
Con estas prendas de tu afecto puro,
Ya me parece que á tu brazo asida
Mi tierno amor ante el altar te juro.

Si, ya se acerca el anhelado instante,
Y en júbilo infantil con él deliro,
Porque á tu lado siempre, y siempre amante,
En él mis sueños realizados miro.

Ya sabes que es la duda mi defecto;
Déjame, pues, que te pregunte ansiosa:
¿No es verdad que jamás ningún afecto
Te hará olvidar el de tu amante *esposa?*

¡Oh, cuando pienso que cambiar pudieras
En tus ternuras al cambiar de estado!
Porque yo quiero siempre que me quieras
Lo mismo que de novio, de casado.

En fin, no te me enojas, alma mía,
Y, en cambio del regalo que me has hecho,
El corazón recibe que te envía
Quien tan sólo tu amor guarda en su pecho.

Post-data Te acompaño una corbata
Y una relojera: esa bicoca
Es obra de mi mano. ¡Qué post-data!
No te rías de mí: soy una loca.

III.

DE RECIENCASADA.

Como ayer no viniste, y hoy supongo
Que tampoco vendrás hasta la tarde,
No por hacer de mi cariño alarde,
A escribirte me pongo.

Ayer, mi bien, después que con cuidado
Las matitas regué de mis amores,
Para aguardarte, con sus lindas flores
Adorné mi tocado.



DON JOSÉ RAFAEL DE GALLEGOS.

Segundo Presidente del Estado de Costa Rica.

Hasta muy tarde sin comer estuve
Pensando que vinieras: no viniste.
No te enojés, mi bien; estoy muy triste,
Por la primera nube.

Como el trabajo es cosa que consuela
Y á mí me hacía falta en mi amargura,
Me pasé, dedicada á la costura,
Toda la noche en vela.

Coñeluí la camisa de bordado
Que comenzada para tí tenía;
Ya tú verás, si vienes, vida mía,
Qué buena me ha quedado!

Hoy mi hermano menor, que es un chiquillo,
Muy ladino y precoz, como tú sabes,
Me ha sumergido en reflexiones graves
A causa de mi anillo.

“¿Es muy rico tu esposo? Se barrunta,
Pues te regala joyas tan preciosas.”
Esto me dijo, y pienso muchas cosas
Pensando en su pregunta.

En verdad, que comprarme no debieras
Regalos de tantísimo dinero;
Y á cualquier joya de valor prefiero
Que como yo me quieras.

Estoy mejor, y el campo tú no ignoras
Que no es ya á mi salud tan necesario;
En la ciudad tendré el consuelo diario
De verte á todas horas.

Por eso ve, si puedes, te suplico,
Hoy mismo á la mudanza disponerte;
Ve que campo y ciudad es cosa fuerte
Para quien no es un rico.

Acuérdate del Método de piano,
Que aunque este aprendizaje me da susto,
Ya lo quiero empezar, por darte gusto,
Si puedes, ven temprano.

IV.

DE MADRE.

El doctor, Félix mío, no ha llegado,
Y mi impaciencia apura,
Porque está Marujita de cuidado
Con esta calentura.
¡Si es que abrasa mi pobre criatura!

Yá yo no sé qué más hacerle debo;
Le dí un baño de pies, que casi ardía,
Después la friccioné con mucho sebo,
Y, nada, igual está que el otro día.
Me parece que tiene pulmonía.

A dos ó tres doctores
Tú debieras llamar, por si uno falta;
Mira que esta inquietud que así me asalta

No es por vanos temores:
¡Está grave el amor de mis amores!

Quiero concluir, y de concluir no acabo,
Y no es por aprensiva.
Ven, si puedes; te espero en ansia viva;
No te me pongas bravo,
Mira que no hay en casa ni un centavo.

Hoy habrá que pagar la lavandera,
Y la leche y el pan de la semana,
Y el diario de mañana;
Además, cumple mes la cocinera.
¡Dios mío, que Maruja no se muera!

Manda de la botica,
Ó traelo más bien, no me lo mandes,
Aceite de castor, sebo de Flandes....
En fin, haré más bien una listica,
¡Ay, Félix, si se muere nuestra chica!

Tiene roja la boca
Del fuego que la abrasa.
Es preciso que busques otra casa:
Esta es muy enfermiza, y ya me choca.
No dejes de venir, ve que estoy loca.

CAYO ERNESTO UNDA.

LA SONAMBULA DE PIRRO.

El día que la ví por primera vez, sentí que
un torrente de luz iluminaba todo mi ser, y dudé,
si, en verdad había vivido antes, ó era aquel
momento el primero de mi existencia.

Los cafetales que rodean á Heredia, la ciudad
simpática, habían florecido en esa mañana, y el
suave perfume que de sus blancas flores des-
pedía, aumentaba la dulce embriaguez que consi-
go trae el amor primero.

Sí; es el primer amor néctar divino que solo
una vez es dado paladear al misero rey del mun-
do; pero cuyo recuerdo colora de rosa, y sirve de
bálsamo que calma y arrulla la edad postrera.

Paulina tenía entonces quince años y vivía
olvidada, como diamante escondido en aquel jar-
dín ignorado.

Apesar de estar tan cerca de la ciudad, el
barrio llamado de San Francisco es una mina i-
nexplorada en materia de bellezas humildes, cán-
didas é inocentes. Los padres de Paulina eran
bastante acomodados y gozaban de reputación in-
tachable entre sus vecinos.

Los pasajeros que van en los trenes de, ó para
Alajuela, apenas vislumbran la blanca iglesia y
las limpias y bonitas casas de un piso que forman
el centro del pueblecito. La casa de Paulina, i-
gual á otras muchas de su género, tiene un corre-
dor dos varas más alto que el piso de la calle, y
al cual se llega por ocho gradas de piedra.

En un patio al Norte del corredor se ordenan todas las mañanas las doce ó quince vacas lecheras de la familia. Dos grandes carretas esperan bajo un hangar que los fornidos bueyes las saquen al servicio.

Paulina ordeña ella misma algunas de las vacas; pasa el día arreglando la casa, ó en la costura y en la lectura del año cristiano. Novelas, periódicos y demás obras mundanas, no las conoce.

Y sin embargo de la vida pastoral y sin emociones en que se desarrollaba la más linda criatura que mis ojos hayan contemplado, todo en ella era extraordinario y fantástico. En medio del alborozo y alegría de una fiesta, se la sorprendía repentinamente triste y con la vista fija en un punto misterioso del cielo ó de la tierra.— Cuando se le llamaba la atención en medio de esa especie de éxtasis, abandonaba aquella situación, y aparentaba reír y hablar como todas; pero al menor desvío de las personas que la rodeaban, se olvidaba Paulina del lugar donde estaba, y, como atraída por una fuerza irresistible, volvía á buscar en el azul del cielo, ó en el nebuloso horizonte, el desconocido objeto que así embargaba su alma.

¿Qué buscaba la encantadora niña?; ó mejor dicho, ¿cuál era la atracción oculta que arrastraba su pensamiento lejos de los objetos que la rodeaban?

No sé si todos los hombres son organizados como yo; pero sí puedo afirmar que todos son cautivados por lo misterioso y lo desconocido, sobre todo, cuando ese misterio se cierne y cubre con nebuloso velo el corazón de una mujer joven, inocente y bonita.

Es lo cierto que desde que conocí á Paulina, el universo desapareció para mí, y no ví más en la tierra y en el cielo que su suave y poética figura, no oí más música que su voz; ni en mi pecho cupo otra pasión que la de un amor exclusivo, inmenso, ilimitado.

Mientras tanto, justo es que diga al lector quien soy yo; es decir, quien fui; pues hoy no existo, no pienso ni vivo; y en el espacio infinito solo miro y escucho á Paulina. ¿Qué son las estrellas y el Sol? ¿Qué son los brillantes mundos que giran al rededor de inmensas é incandescentes masas? Nada, si en ellas no está Paulina.

Fuí, pues, un muchacho de veinte años; mal estudiante y ardiente amigo de mis amigos. El espejo cuando ante él me detenía, reflejaba una figura pasable; y mi conciencia me decía que no era tonto. En una palabra: era un joven como hay muchos, aventajando solamente á los demás de la provincia, en cuanto era más pródigo, más calavera y más vano que ellos.

Aunque Paulina no me había demostrado preferencia, ni dado muestra alguna de ser correspondido, jamás dudé de su amor, porque en mi cabeza no cabía la sospecha siquiera de que una mujer de tal modo adorada pudiera, no incendiarse ella misma en las llamas que había producido.

Así pasaron algunos meses, que me parecieron minutos. Yo la veía todos los días cuando salía al corredor en las tardes, acompañada de sus respetables padres. Creo que un siglo habría trascurrido, sin que yo lo hubiera notado, con esta sola diferencia: que en las horas que no estaba cerca de ella, rumiaba, puedo decir, el placer de haberla vista, de haber oído su voz encantadora ó de haber respirado su perfumado aliento.

¿Habéis sentido alguna vez los efectos de un terremoto de esos que hacen de las casas escombros y de las ciudades desiertos? Probablemente no; pues bien, sabed: que para esos lances no hay hombres valientes; no hay razones ni argumentos que calmen la excitación de nuestro espíritu, ni toda la ciencia humana podría aquietar nuestros nervios.

Los animales irracionales mismos corren y se espantan sin darse cuenta del pánico que produce á los seres vivientes el movimiento de la tierra.

Figuraos esa misma catástrofe en el corazón de un hombre. Suponed que un huracán de celos ha pasado por mi cabeza y comprenderás como un ser lleno de vida y de amor puede repentinamente convertirse en desierto frío, y cubierto de los escombros que deja el fuego y el terremoto!! Así quedó en hora maldecida, la que fué antes morada del amor feliz y confiado.

¿Qué produjo cambio tan inesperado?

Una noche vagaba por las orillas de Pirro, de ese riachuelo lleno de caprichosas sinuosidades, que riega y refresca la parte oriental de la ciudad de Heredia. La luna iluminaba con su luz pálida y melancólica el agua que corría silenciosamente. Eran las dos de la madrugada; pensaba en ella, como de costumbre. Un leve ruido llamó mi atención hacia el camino real, y de abajo, en donde yo me encontraba, vi el bulto de una mujer. corro á la curva por donde es cruzada la carretera por los rieles del ferrocarril y ¡qué veo!! Paulina, envuelta en una sábana ó sudario blanco. Ella seguía, ó la precedía un hombre de alto cuerpo, bestido de negro, el cual volvía á ver cada instante para atrás; Paulina, la desventurada, le hacía señas de que la esperara. De tal manera la embargaba aquel maldito amante, (sí, pues no podía ser otra cosa), que no se dignó mirarme siquiera. La llamé por su nombre; no me contestó ni detuvo su apresurado andar.

¿Qué pasó por mi mente, en las cuatro horas que siguieron á aquel terrible momento? No lo sé; matar, asesinar á aquel hombre; derramar su sangre gota á gota; retorcer su corazón entre mis manos. eso era poco.

Cuando me decidí á acabar con él, ya habían desaparecido ambos. No pude averiguar el rumbo que habían tomado. El Sol, al aparecer detrás de las tinieblas que huían velozmente delante de él, me sorprendió anonadado, sin darme razón del lugar y del motivo porque estaba allí, en ese Pirro que antes me susurraba tan

dulcemente, y que ahora me parece tan negro, sangriento y desolado.

A las siete de la mañana me diriji á la casa de Paulina, y la encontré ordeñando sus vacas.— Me recibió con la serenidad de los ángeles, y con sonrisa cándida me ofreció un vaso de leche. El siguiente diálogo se entabló entre nosotros.

—Qué tal noche ha pasado, Paulina?

—Como siempre, muy buena, Carlos, y usted?

Como nunca. Pero, ¿puede saberse, sin indiscreción, por donde salió anoche de esta casa uno de los sirvientes?

—Puedo asegurarle Carlos que ningún sirviente ha salido anoche, pues mi padre antes de recogerse cierra con doble llave todas las puertas que dan á la calle.

—Pero U. tendrá buen cuidado de tomar una de esas llaves, cuando su papá estará dormido.

—No comprendo su broma Carlos; más, ¿qué tiene U. hoy; su semblante es el de un cadáver, usted no habla, ni es su tono, el habitual, ¿qué le sucede?

—Nada nuevo, y ya veo que usted es tan falsa de noche como de día.

Este insulto me pareció aún muy poca cosa. Abismado me tenía la frescura y disimulo de aquella niña, cuya corrupción, según lo visto, no tenía límites. ¿Cómo es posible que tanto dobles quepa en tan temprana edad? Mis palabras últimas parecieron alligirla y dos lágrimas bajaron como gotas de rocío sobre sus mejillas.

Me ofreció la mano y me dijo: "Adiós Carlos, usted está enfermo, cuídense; su fisonomía no es la de siempre, adiós" y aquel aborto del vicio prematuro, se retiró á su cuarto, dejándome lleno de furor, y..... miserable de mí, más enamorado que nunca.

La noche siguiente, esperé en la oscuridad, frente á la casa de Paulina. A la una y media de la noche, cuando aguardaba que se abriera la gran puerta del patio, ó alguna de las ventanas de la casa, vi sobre una tapia el perfil de Paulina destacarse y su sombra dibujarse en la pared interior de la casa. Una vez de pie sobre la tapia, la desvergonzada niña colocó un madero en plano inclinado entre el suelo de la calle y lo más alto de la tapia. Por ese plano bajó la pérfida mujer, y lijera como una gacela, corrió hacia la calle que atraviesan los rieles del ferrocarril.— La seguí casi corriendo. Llegó á la estación, y continuó hasta bajar la cuesta que conduce á Pirro. El misterioso personaje vestido de negro la esperaba á la sombra de una cerca de la carretera que va á San José. Lo que me sorprendió, fué que Paulina no hiciera caso de su compañero y siguiera su camino. El hombre del negro vestido la siguió, pero, ¿cosa inexplicable! procuraba esconderse de Paulina y más bien que seguirla, parecía en acecho, como quien observa su conducta y teme ser sorprendido por ella. Así caminamos juntos sin dejarnos ver el uno del otro.

De repente un rayo de Luna hizo que Paulina distinguiera á mi desconocido y sin titubear se dirigió á él, y en voz apenas inteligible pronunció dos ó tres veces el nombre de Carlos!! Carlos, me dije entre mí, Carlos se llama también el que me roba mi amor y mi vida; que mueran pues él y ella; y que la tumba cubra para siempre esa maldita pareja que así se burla de mi desesperación y de mi estúpido amor. Saqué un revólver que había preparado cuidadosamente, y en un momento de delirio y de celos iba á disparar á quemarropa sobre aquellos desgraciados.

Pero la nube que cubria mi espíritu desapareció por un momento y en vez de jalar el gatillo de la arma, la desmonté y corrí,..... marché sin saber para donde. Al pasar por la estación, vi abierta una cantina ó taquilla y entré. Pedí un vaso de ron y lo apuré de una sola vez. Poco acostumbrado á tomar licores espirituosos, se apoderó de mí una especie de rabia, luego vi pasar todas las escenas de la vida placida é inocente de Paulina, y un raudal de lágrimas brotó de mis ojos..... Sin más preparativos tomé mis libros y objetos de uso indispensable y me marché para Cartago. Nunca olvidaré el triste día en que abandoné mi ciudad natal. Era el tren de las 9 a. m. Llovía un fuerte aguaje, y el cielo estaba cubierto de nuarrones negros, como lo estaba mi alma.

Al pasar por Santo Domingo, entré al carro un anciano en estado ciego, de ebriedad, pues una vez acomodado en su asiento, empezó á sonreír y hablar solo. Entre otras cosas le oí decir: "aguardiente divino,..... guaro misericordioso ¿qué sería de mí sino existieras?..... los males se olvidan..... y los bienes parecen mejores de lo que son..... aguardiente divino, etc., etc.

El genio del mal no podía encontrar mejor ocasión para enseñorearse de un hombre. Desde que me instalé en Cartago, empecé á poner en práctica la medicina que recetó el anciano de Santo Domingo. Antes de almuerzo comenzaba á beber para olvidar el pasado, y en la noche seguía bebiendo para perder el miedo á mi destino futuro que mi mente enferma me pintaba tan espantoso.

Así pasó un año. Mas la receta del viejo del tren no producía el efecto deseado. ¡¡ Cuanto se engaña el que del licor espera el olvido!! La herida de mi corazón sangraba cada día con más fuerza, y mi existencia me pesaba de tal modo, que decidí concluir con ese tormento.

La ebriedad casi continua en que vivía me sumió en un estado tal de degradación, que mis mejores amigos se alejaban de mí. Mi nariz roja y una obesidad que cada día aumentaba, me convirtieron en un ente repugnante.

Una mañana tomé el tren para Heredia y para darme valor y animarme en el terrible camino del crimen, apuré una cantidad de licor, bastante para incendiar mi sangre y hacer de mí, un animal rabioso. Pasé el día encerrado en casa de un conocido y en la noche me aposté frente

á la casa de Paulina. La oscuridad era profunda y apenas se podían distinguir los objetos blancos ó de color claro.

A las dos de la madrugada apareció sobre la tapia la niña maldita que causaba todos mis males. Esta vez no bajó sino que saltó al suelo, y sin ruido casi, empezó á andar dirigiéndose á Pirro.

La seguí tan de cerca que casi la tocaba.— Ella no se dió por entendida y continuó su camino. Pero esta vez siguió los rieles, la curva que atraviesa el riachuelo, y por fin, la carretera.— Allí se sentó á la orilla del precipicio que en aquel lugar tiene como diez varas de profundidad. El caballero del negro vestido la observaba en silencio. El valor me faltó para matarlos, y saqué una media botella de ron del bolsillo. De un solo trago la apuré y estuve unos minutos indeciso.— De repente sentí un impulso de furor y me lancé sobre la infeliz, á quien disparé un tiro de revólver. Dió un grito y cayó en la corriente de Pirro. Como un tigre hambriento y rabioso corrí hacia mi rival. Pero él mismo se adelantó y se avanzó sobre mí. Disparé la segunda cápsula poniendo la boca del revólver en el pecho de aquel sér aborrecible. Cayó también; pero aeciéndome un brazo me arrastró en su caída, y sacudiéndome con ira profunda me dijo: "miserable asesino, ¿sabes lo que has hecho? Si, contesté, he matado á tu desvergonzada amante y acabaré contigo.

Desgraciado de tí, contestó el desconocido, ya casi agonizando; la niña que has asesinado es la más pura y perfecta criatura. yo la encontré una noche. vagando sola. y la seguí, y. pronto comprendí que era. sonámbula; no es el amor lo que me ha guiado. sí, la compasión y mucho de curiosidad me han hecho seguirla. y en efecto he podido. evitarle. algunos peñ. gros. Me llamó Roberto Tellez. yo pienso. ella. amaba alguno llamado Carlos, pues. nombre, muchas veces? no pudo continuar porque una bocanada de sangre que arrojó, se lo impidió; después de lo cual murió.

¡¡ Sonámbula, Dios mío, sonámbula!! he allí la explicación de la espantosa pesadilla en que hacía diez y ocho meses se consumía mi cerebro!!

Los tiros repetidos por el eco de aquellos barrancos, atrajeron á los habitantes más cercanos de la trágica escena.

Mi primer impulso fué dirigirme al precipicio donde había caído Paulina. Más, en ese momento recordé que tenía el revólver montado aún en la mano derecha, que aun conservaba tres cápsulas intactas. apoyé el cañón en mi frente y. disparé.

EPÍLOGO.

No sé cuantos días ó semanas estuve sin saber si existía, devorado por una intensa fiebre.—

Una tarde abrí mis ojos y vi al pie de mi lecho, mirándome con grande atención á los Doctores don Juan Flores y don Pánsito Valverde de San José." Valor, me dijo éste último, nos hemos salvado por casualidad; pues ya no hay peligro. Mucho silencio y tranquilidad."

No comprendí nada al principio; pero, poco á poco empecé á recordar los últimos sucesos, y cuando percibí la terrible realidad, supliqué me dijeran el estado de Paulina, si aun vivía. "Está buena y sana contestó el Doctor Flores. No fué la bala lo que la hizo caer, pues el proyectil apenas tocó uno de sus brazos. Cayó porque el ruido del tiro la despertó, y los sonámbulos solo tienen tino mientras están dormidos. El despertar en una calle pública de noche y teniendo en frente á un hombre furioso y armado, impresionó de tal modo á la joven, que perdió el sentido y rodó hacia la corriente de Pirro."

Esta noticia me devolvió la calma en parte, pero siempre martirizaba mi conciencia la injusta muerte de Tellez.

Todo esto produjo grande escándalo. Fué juzgado: el jurado me absolvió, teniendo en cuenta las circunstancias excepcionales bajo cuya influencia obraba, y debido también á la brillante defensa que en mi favor hizo el acreditado juriscónsulto Licenciado don Federico González.

Cuando estuve enteramente restablecido, el Presbítero Fernández—llamado padre Canaria,— bendijo la promesa mutua que Paulina y yo hicimos de amarnos siempre. Un niño, Roberto—en recuerdo del desventurado Tellez—y una niña, Mercedes, hacen hoy las delicias de nuestra vida conyugal. Por lo que hace al sonambulismo, solo tuve que lamentarlo una vez en mi esposa. Quince días después de casados, entré muy tarde de la noche á mi cuarto y no hallando á Paulina, salí á buscarla. Al pasar por el patio, atravesaba ella el tejado cubierta con una sábana blanca. La seguí sin recordarla y la esperé en la tapia que mis lectores conocen. Al llegar allí, la rodeé con mis brazos y la desperté, haciéndola bajar.

Temeroso de que esas escapatorias continuaran, hice cerrar con doble cerradura todas las puertas del dormitorio y guardé cuidadosamente las llaves. Paulina intentó varias noches salir de la casa; pero sus esfuerzos fueron inútiles.— Con una firme decisión de despertarla en momentos oportunos, fué perdiendo el hábito de vagamundear dormida.

Lo que más me costó de penas y sinsabores fué el abandono del vergonzoso vicio de la embriaguez. Es verdad que desapareció el rojo de mi nariz; pero mi constitución antes de ahora, hoy no resisto el más ligero exceso, y en el concepto público no he podido recuperar mi antiguo buen nombre. Puede ser que una conducta intachable me devuelva algo de lo perdido; más por lo que hace al asesinato de Tellez, si el jurado me evitó la residencia en San Lucas, mi conciencia se ha encargado de hacerme vivir en un presidio

moral más triste é insalubre que aquel, y el público aun no me ha absuelto.

La piedra funeral que cubre la tumba de Tellez oprime mi pecho y acabará por quitarme la respiración. En una palabra: la receta del anciano de Santo Domingo produjo la muerte de un bravo joven; y el tormento de toda mi vida. Sin ella, todo se reducía á la existencia de una sonámbula más ó menos, lo cual nada tiene de raro, averiguado como está, que un diez por ciento del sexo débil, es presa del sonambulismo.

San José, enero de 1888.

SIMPLICIO CUCUFATE.

CRONICA.

Hay momentos, lectores, en que á la verdad me considero el hombre más desgraciado de la tierra al recordar que tengo la imprescindible obligación de escribir la crónica; y no es por falta de voluntad, al contrario, sino porque es una barbaridad eso de pedirle *peras al olmo*.

Yo estoy como fray José, el de los Magyares; no duermo, no como ni hablo, pensando en la susodicha cróniquita; y de aquí resulta que los ayunos y vigiliás me han convertido en un santo; y para colmo de venturas y felicidades soy un San Antonio. Con este motivo, y como abogado de las mujeres, me es muy grato ponerme á los pies de las simpáticas lectoras que quieran hacerse de novio, prometiéndoles con todo el corazón, poner mucho interés de mi parte y la mayor actividad posible—como un corredor jurado—á fin de complacerlas. Esto por una pequeña remuneración, como quien dice unas calabazas el día que declare mi amor á alguna de ellas.

No me parece por demás indicarles las ceremonias necesarias para que el *Santo* conceda sus deseos, y las cuales consisten en: llegarse al n.º 3 calle de la Merced, regalar al *Santo* con unas cuantas miradas y sonrisas, ofrecerle una corona, aunque sea de espinas, rezarle un trisagio, y al día siguiente tendrán novio.

Volviendo al principio de mi crónica, yo tengo una plumita—que no es de ave—que quiero muchísimo y que trato con toda estimación; le tengo una cajita de terciopelo con ribetes de oro y guarnecida de brillantes y otras piedras preciosas; constantemente la limpio para preservarla del ócido. Esta valiosa joya me la obsequió una sociedad de literatos cuando escribí mi primer artículo, prestando que no había otro que escribiese más barbaridades que yo, y que por unanimidad de votos se me concedía ese premio. Tal fué mi primer triunfo en la carrera literaria.

Cuando se llega el día de escribir la crónica, me acerco á mi cajita, la abro con el mayor

tiento y le doy una mirada cariñosa; tomo la pluma casi con la punta de los dedos, la beso, la abrazo, y postrado de rodillas le suplico me saque del apuro. Ella, en virtud de las finas atenciones que le prodigo, me ha puesto mucho cariño, y bien ó mal—lo segundo, naturalmente—me saca del compromiso.

Basta de pretextos para disculparme y vamos á los acontecimientos de la quincena que ha terminado.

* *

El 23 llegó á esta capital el Excelentísimo señor Eduardo Garay, Ministro Plenipotenciario de México en Centro América, acompañado de dos Secretarios. Ese mismo día las bandas ejecutaron un concierto frente al Gran Hotel, lugar en donde estaba hospedada la Legación.

El jueves 26 se cruzaron las visitas correspondientes entre los señores General don Bernardo Soto y el Ministro mexicano.

El señor Presidente de la República, queriendo demostrar la simpatía que tiene por el Gobierno de México y por el digno Representante y Secretarios de aquella simpática Nación, dispuso dar un banquete el domingo pasado en el Palacio Presidencial.

La comida fué espléndida, habiendo hecho uso de la palabra en sentidas frases el General Soto y el señor Garay respectivamente.

Á la comida concurrieron las personas más notables de nuestra sociedad.

No queremos dejar de consignar aquí que dicho banquete fué dirigido por persona bien hábil, quien ha contribuido en gran parte al lucimiento y esplendidez de aquella fiesta.

Á continuación de la comida, los salones del Palacio fueron invadidos por más de doscientas parejas de ambos sexos, quienes al compás de los melódicos acordes de la simpática orquesta de los señores Fournier, se confundieron en encantador torbellino para gozar de las delicias que proporciona la danza.

Los salones estaban riquísimamente decorados; en un extremo del comedor se veía el retrato del señor Garay, obra del inteligente artista don Francisco Valiente, adornado con los pabellones de México y Costa Rica, y varias coronas de bellas y aromosas flores.

En los intermedios del baile, la banda militar ejecutaba escogidas piezas, dando esto por resultado el contento, expansión, buen humor, en medio de la música, hasta las cuatro y media de la mañana, hora en que se concluyó aquella magnífica fiesta de recuerdos agradables é imperecederos.

El señor Garay y sus Secretarios han salido para Puntarenas. Les deseamos un feliz viaje, y que no olviden que aquí encontrarán brazos abiertos para recibirlos siempre que quieran honrarnos con sus visitas.

* *

Uno de los ciudadanos más respetables de nuestra sociedad ha bajado á la tumba. Don José Ana Herrera, caballero distinguido, magnífico esposa y excelente padre de familia, dejó de existir después de una prolongada enfermedad.

El Licenciado Herrera se distinguió, no sólo por su amabilidad y fino trato que tenía, tanto para el pobre como para el rico, sino también por los diferentes puestos públicos que durante mucho tiempo desempeñó con integridad. Deja una numerosa familia sumida en la aflicción. La acompañamos en su dolor y le damos el más sincero pésame.

* *

Nosotros que gozamos con los triunfos que obtienen nuestros compatriotas, hoy nos damos el placer de felicitar á nuestro apreciable amigo don Joaquín B. Calvo por los elogios recientes que se ha tributado á su libro "Apuntamientos geográficos y estadísticos de la República de Costa Rica en 1886", pues ha sido citada honrosamente en nota y en el texto de la nueva obra de Historia de Centro América del Licenciado don Agustín Gómez Carrillo, publicada en Guatemala últimamente.

También se ha hecho mención de él en la réplica dada por el Ministro de Costa Rica en Wasington, Licenciado don Pedro Pérez Zeledón, á los argumentos al de Nicaragua, en la cuestión sobre el Tratado de 1858.

El "Instituto Americano" de Cartago ha adoptado dicho libro como texto.

De la obra de Calvo, como se tiene conocimiento, se ha ocupado favorablemente la prensa de España, de Chile, la Argentina, Colombia, etc. Así como la *Revista Colonial Internacional* y el n.º 8, *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde*, de Berlín, Alemania, en las cuales se le dedican interesantes párrafos.

* *

También nos es muy grato dar nuestras cordiales felicitaciones al amigo don Carlos Gagini por el honor que le ha dispensado el importante periódico, *El Album de la Mujer*, de México, al reproducir su composición poética titulada "Costa Rica", y que publicamos en el n.º 7 de este periódico.

* *

Se encuentran entre nosotros los apreciables amigos don Francisco A. Durini, el Doctor don Alejandro Angulo Guridi y don Rito Báez. Nos es grato saludarlos afectuosamente.

* *

Pronto se abrirá nuestro teatro, en donde

tendremos el gusto de admirar á la gran familia Marionettes, fantoches. Es un espectáculo digno de presenciarse y que no dudamos llamará sobre manera la atención del público. El sábado será la primera función.

* *

Con las breves notas tomadas del libro de J. B. Calvo, presentamos hoy el retrato del respetable ciudadano que supo hacerse acreedor al aprecio y consideración de sus contemporáneos, y á quien también la posteridad infalible en la justicia, le tributa el homenaje debido á sus méritos.

CLO CLO.

ANUNCIOS.

LA EXPOSICION NORTE-AMERICANA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

Consagrado al fomento del comercio entre Norte América y los mercados extranjeros.

PUBLICACIÓN MENSUAL.

SUSCRICIÓN AL AÑO \$ 4 ORO AMERICANO.

En sus columnas se registran, no sólo Revistas de lo ocurrido en ambos mundos, sino también artículos sobre las Ciencias y las Bellas Artes.

Sus grabados son del mejor gusto y sus historietas de lo más interesante. Los anuncios que inserta son de las mejores fábricas.

Los últimos números estarán siempre á la disposición de aquellos que gusten examinarlos.

EHEVERRÍA & CASTRO,
Agentes.

TENGO DE VENTA

Á

precios reducidos.

Jerez, Madera, Oporto, Málaga,
Pajarete, Madera seco, Málaga seco.

Vino Bourgogne "CHABLIS", sin rival aquí.

Vinos Burdeos tintos y blancos sin competencia en calidad y precios.

Cognac primeras marcas hoy en Costa Rica, además licores de todas clases.

Leoncio Bonilla.

San José, diciembre 8 de 1887.

BARBERIA Y RELOJERIA

"Los tres hermanos".

Este establecimiento acaba de surtirse con nuevos artículos como:

Sombreros de pita desde \$ 2-00 hasta \$ 30-00.—Polvos Opoponax—Veloutina—Rosados—Gran variedad de marcos para retratos—Navajas de barba—Tijeras para uso de barbería—Motas para polvos—Corbatas finas, de todos colores—Polvoreras—Villetteras—Javoneras—Brochas para barba—Jabón especial para afeitarse—Leontinas—Tónico, Tricófero, Agua Florida, Kananga, Divina—Cepillos para la ropa, cabeza, dientes y uñas—Agua de Portugal, Quina—Aceite de Opoponax—Quina Oriza de Rosa—Esencia de Opoponax—Brisas de las Pampas—Brisas del Monte—Teodora, ilang ilang—Violeta—Januaria—Aceite de ilang ilang, de Opoponax—Agua Bay Rum—Pomadas de Rosa y Violeta.

¡LA CABAÑA!

ACABA DE RECIBIR

y ofrece en venta

A precios sin competencia, cervezas SAN LUIS y ESTRELLA, y otras varias.

Vinos legítimos añejos de multitud de clases. Jamones cocidos preservados en latas. Jamones ahumados y salados.

San José, diciembre 8 de 1887.

Fernando Alemán-José I. Sotomayor.

Alemán & Sotomayor

Agentes y comisionistas. Coleccionistas de estampillas. Agentes de "Costa Rica Ilustrada."

Masaya.—Nicaragua, C. A.

8. v. 4.

I. LEVKOWICZ & HIJO.

Acaban de recibir un surtido muy completo de mercaderías, y están próximos á llegar variedad de otros artículos.

Tendrán mucho gusto en exhibir sus mercaderías á las personas que les hagan el honor de visitarlos, y creen que dejarán complacidos á sus favorecedores.

San José, diciembre 8 de 1887.

ROPA HECHA

PARA

Niños, Jóvenes y Hombres,

acaba de recibir y vende á precios muy bajos la casa de

F. GOICOECHEA & C^o

como también:—escopetas, revólveres, muebles de todas clases, entre ellos: mesas, consolas, perchas, esquimera, paragueros, sillas, sofás, mecedoras, butacas, etc., y juegos de muebles de resortes adornados con terciopelo.

Nueva remesa de máquinas de coser.

San José, diciembre 1^o de 1887.

Tipografía Nacional.